

Lo que se espera en la muerte

Y de la manera que está establecido
para los hombres que mueran una sola vez,
y después de esto el juicio (Hebreos 9.27).

L *A historia de la raza humana es tanto una historia de la muerte como lo es de la vida.* Todos los que han vivido en generaciones pasadas, y, con la excepción de Enoc y Elías, han muerto, y todos los que viven ahora, pronto morirán. Durante la década pasada, recuerde el número de personas a quienes conocía personalmente, que han muerto. Cuando Salomón dijo, “Porque los que viven saben que han de morir” (Eclesiastés 9:5), expresó algo que todos nosotros sabemos, pero en lo cual no queremos pensar. El único evento que impediría que muriéramos sería la venida de Jesús durante nuestra vida, porque entonces los muertos serán resucitados y los vivos transformados. Pablo dijo, “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15.51–52). Los vivos serán transformados en su venida.

Todos nosotros debemos esperar la muerte porque Dios la ha establecido. Como consecuencia del pecado de Adán y Eva al comer la fruta prohibida, la muerte física fue establecida para la raza humana.

Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y

tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida (Génesis 3.22–24).

Pablo dijo, “Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados” (1 Corintios 15.22).

La transgresión de Adán y Eva trajo el pecado al mundo, y la muerte a través del pecado, como Pablo dijo, “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5.12).

Esto es una referencia a la muerte espiritual. Cada ser humano responsable sufre una muerte espiritual por su propio pecado. La muerte espiritual es tanto una realidad como lo es la muerte física.

Es lógico esperar la muerte a cualquier edad porque la gente muere en cualquier etapa de la vida —jóvenes, viejos, y gente de mediana edad. La mayoría de nosotros esperamos con confianza vivir una larga vida antes de que venga la muerte. El granjero rico en Lucas 12 acumuló una gran cantidad de bienes terrenales, y se propuso disfrutarlos por “muchos años”. ¡*Nunca esperó morir tan pronto!* Dios le dijo, “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo

que has previsto, ¿de quién será?” (Lucas 12.20). Los millones que mueren en esta generación se proponen vivir por mucho tiempo también. Cuando la muerte de repente nos clava la vista, la mayoría de nosotros nos quedamos atónitos y la aceptamos sólo con gran dificultad.

En la muerte el “hombre interior” se separa del “hombre exterior”. Nuestro espíritu saldrá de este templo de barro en el cual ha vivido. Santiago dijo, “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2.26). En Lucas 16.22 donde se registra la muerte del mendigo Lázaro, su espíritu salió de su cuerpo vestido de harapos y lleno de enfermedad, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Esto es lo que ocurre cuando los fieles cristianos mueren. Los ángeles de Dios transportarán a los verdaderos “nosotros” (el hombre interior) al Paraíso, donde esperaremos la resurrección en el día postrero.

Muchos de los que viven hoy día esperan que la muerte obre algunos cambios extraordinarios de la clase que no quieren hacer mientras que viven. Una de las grandes sorpresas en el día del juicio será la revelación asombrosa que la experiencia de la muerte no habrá inaugurado un cambio en su condición espiritual ante Dios.

I. LO QUE UNO NO DEBE ESPERAR EN LA MUERTE

No debemos esperar morir sin ser salvos y entonces ser resucitado una persona salva y glorificada en el día postrero. Tenemos que estar “en Cristo” para ser salvos. “En Cristo” es la relación donde se encuentra “la salud con gloria eterna” (2 Timoteo 2.10). Juan dijo, “Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Juan 5.11). Y Pablo les escribió a los gálatas, “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3.26–27).

Pero la persona entra “en Cristo” después de la muerte. El rey Hezequías escribió, “Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad” (Isaías 38.9, 18). Más allá de las puertas de la muerte, entonces, uno no puede obedecer el evangelio y entrar “en Cristo”. Sólo podemos entrar en Cristo mientras que vivimos en esta tierra. Así es que no debemos esperar morir fuera de Cristo y después ser resucitados “en Él” en la mañana de la resurrección. Amigos, si cualquiera de ustedes no está “en Cristo” hoy, Ud. necesita obedecer el evangelio y “vestirse de Cristo”. Arrepiéntase de sus pecados, confiese su fe en Jesús, y sea bautizado

“en Cristo”. Pedro le dijo a la gente cargada de pecados en el día de Pentecostés que clamaron preguntando qué debían hacer, “Arrepiéntos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38).

Sería en vano esperar morir como un cristiano apóstata y ser resucitado como uno fiel cuando venga Jesús otra vez. La experiencia de la muerte no convertirá un cristiano infiel en uno fiel. Si somos injustos y espiritualmente sucios cuando muramos, todavía seremos injustos y sucios cuando seamos resucitados. Salomón dijo, “Si las nubes fueren llenas de agua, sobre la tierra la derramarán; y si el árbol cayere al sur, o al norte, al lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Eclesiastés 11.3).

Lo que somos espiritualmente cuando muramos, será lo que seremos espiritualmente cuando aparezcamos ante Cristo en el juicio. La hora de arrepentirnos de nuestra mundanalidad y apostasía es ahora —mientras que vivimos en este mundo. Apocalipsis 2.5 dice, “Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”.

No debemos esperar morir siendo un mentiroso y ser resucitado como una persona que dice la verdad. No debemos esperar morir siendo un ladrón y ser resucitado como una persona honesta. No debemos esperar morir siendo un asesino y ser resucitado como una persona inocente. No debemos esperar morir siendo un borracho y ser resucitado como una persona sobria. No debemos esperar morir siendo un faccionario y alborotador y ser resucitado como un pacificador. No debemos esperar morir estando en una relación de adulterio y ser resucitado con todo bien y aceptable en los ojos de Dios. Déjeme enfatizar otra vez con todo el poder que yo poseo: La hora de hacer los cambios necesarios en nuestra vida y corregir cualquier cosa que no sea correcta es ahora, mientras que tengamos tiempo y oportunidad. La muerte no hará ningún cambio en el carácter de una persona ni en la condición de su alma.

II. LO QUE SE DEBE ESPERAR EN LA MUERTE

Casi todos temen el morir y a la muerte, considerándolos como algo de aborrecer y temer. A la mayoría de nosotros se nos figura la muerte como un monstruo terrible con sus quijadas abiertas de par en par para tragarnos y para siempre poner fin a todo gozo y alegría. Pienso que la mayoría de

cristianos temen *el dolor del morir* más que cualquier otra cosa. Pero, en realidad, la muerte para los cristianos es un tiempo de dulce transición de una vida trabada con las flaquezas de la carne a una vida desencadenada en otro reino mejor y más brillante; un tiempo de saludar a los ángeles que nos transportarán con alas doradas al seno de Abraham; una puerta a través de la cual entraremos en un reino feliz donde nos saludarán los santos de Dios de cada época.

Lo que la gente de Dios debe esperar en la muerte se demuestra en Apocalipsis 14.13, donde la voz que Juan oyó del cielo dijo, "Escribe: Bienaventurados de aquí adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos; porque sus obras con ellos siguen". Esta revelación del cielo demuestra que en la muerte, los cristianos entran en un lugar y estado de descanso, y que las buenas obras que hicieron mientras estuvieron en el mundo seguirán con ellos. Estas buenas obras serán como un monumento al fiel servicio que ofrecieron mientras que estuvieron en el mundo.

Pablo enseña en Romanos 2.16 que aún las cosas secretas que otros no han visto y de las cuales no saben, serán reveladas en el día de juicio. Salomón nos dice lo mismo, "Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala" (Eclesiastés 12.14).

Los soldados que han estado en el campo de batalla saben algo de *lo dulce del descanso* que sigue después de una batalla. Cada obrero en el campo sabe la satisfacción que siente cuando puede descansar al fin de la jornada. A los soldados de Cristo que han blandido la espada de dos filos del Espíritu contra los enemigos del Señor, también se les asegura el dulce descanso. Los santos agotados que han trabajado en la viña del Señor, incluso aún los que entraron en la viña a la undécima hora, se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino eterno de Dios, y descansarán de sus labores. El escritor de Hebreos dijo:

Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado... Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia (Hebreos 4.1, 11).

Los cristianos también tienen el derecho de esperar en la muerte todos los tesoros almacenados para ellos en el cielo. Estarán allá esperándonos, guardados seguramente por el Señor. Jesús dijo:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladronas minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan (Mateo 6.19-20).

Ya sea que demos una taza de agua fría a los sedientos, o vistamos a los desnudos con ropa, compartamos nuestra comida con los hambrientos, y ayudemos a los desafortunados con lo que necesiten, así "nos hacemos tesoros en el cielo". Cuando Jesús dijo, "haceos tesoros...", hizo esto una responsabilidad individual. Tal como el dinero depositado en instituciones financieras gana interés para nuestra cuenta, así los actos amorosos y benévolos de merced y generosidad que compartimos con los necesitados, y apartamos en la tesorería de la iglesia para usarse en trabajo benévolo y evangélico, se acumulará en nuestra cuenta eterna. Pablo recalca esta verdad importante en 1 Timoteo 6.17-19, donde nos amonesta que hagamos bien, que seamos ricos en buenas obras, y que seamos dadivosos y generosos. Así, atesorearemos para nosotros un buen fundamento para lo por venir, y echaremos mano de la vida eterna.

Los ladrones, los pánicos económicos, los gobiernos, las catástrofes, los principados y potestades no pueden quitarnos los tesoros almacenados en el banco de los cielos. No podemos llevar con nosotros los tesoros almacenados aquí en el mundo cuando muramos; pero sí podemos mandar por adelantado los tesoros almacenados en el cielo mientras vivamos. Cuando muramos, todos los tesoros celestiales estarán en el banco del cielo, asegurados por el único banquero seguro, Dios.

En la muerte, la gente de Dios puede esperar alivio de las pasiones, flaquezas y debilidades de la carne. Pablo nos dice que Cristo "transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Filipenses 3.21). ¡Qué alivio tan bendito será estar siempre libres de las pasiones ardientes, los dolores carcomientes, los sufrimientos, y los dolores lagrimosos que son típicos de este cuerpo carnal! Pablo dijo:

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisie-

ramos ser desnudados; sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (2 Corintios 5.1-4).

Nosotros los cristianos fieles totalmente esperamos poner a un lado este cuerpo mortal con sus enfermedades, dolores, tristezas, y el temor de morir, y entrar en nuestro glorioso cuerpo espiritual, el cual, dijo Jesús, será "igual a los ángeles" (Lucas 20.36) y que será apropiado para la eternidad. Aunque Juan escribió que "aún no se ha manifestado lo que hemos de ser" (1 Juan 3.2), podemos descansar en la certidumbre de que "las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse" (Romanos 8.18), y en la confianza que seremos libertados "de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Romanos 8.21). Tenemos el

derecho de esperar ser como Cristo cuando nuestra transformación tome lugar en la resurrección.

CONCLUSIÓN

¿Qué espera Ud. en la muerte? ¿Qué derecho tiene a estas esperanzas? Recuerde, mientras camina hacia el valle de sombra de muerte, el segador severo, quien es la muerte, no hará cambios extraordinarios en la condición de su carácter o en su estado espiritual ante los ojos de Dios. Lo que Ud. sea cuando pise en las aguas heladas del río de la muerte, será lo que Ud. será ante los ojos de Dios cuando haya cruzado a la otra orilla.

El único camino lógico y seguro para tomar en esta vida, es obedecer el evangelio de Jesús y vivir una vida fiel que traiga honra y gloria a Dios. ■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados